Místico poeta enamorado

Manuel Tejedor Rábano

Místico poeta enamorado

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

978-84-10236-47-9
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL M-13317-2024

a. Andando
por caminos perdidos

La ciudad

Relámpago de suspiros en el tren del techo.
Un crepuscular tranvía me adentrará en la nocturna ciudad,
abriéndome su corazón de ciudadela amurallada.
Estrellas estallan por doquier. Tengo raíles de zapatos.

Todas las cortinas bajadas. Algunas, rasgadas por hélices.
Los buques, como las visitas, atracan en las casas.
Zumbido de insectos iluminados como místicos,
estrellándose contra el cristal de mi aliento profundo.

Aviones sin destinos de mártires ni de cruzados.
Te disculpas de todos los zumbidos de tus mentiras.
En ala de murciélago se va el sol del crepúsculo,
regresa el vuelo de la noche para extinguirme lentamente.

Tu puñal y mi corazón se entienden. Mi individuo cambia,
cae el velo de la madrugada sobre tu cara somnolienta.
No es ella, pero no puedo huir.

El farolero

Yo no soy poeta, místico, ni enamorado
por ti seré.
No es más fácil vivir sin todas menos con una
que sin todas.

¡Qué cosas más raras pasan en la vida!
Y siguen pasando…
Siempre los mismos payasos: Los Inquisidores.
¡Un ser humano, por favor! ¡Un ser humano, por Dios!

Nunca me llamó ningún muerto para decirme
que le he matado
ni ninguna amante para decirme que ha sido amada,
ni que la he amado.

Otra vez vuelve el alma para ocupar su nivel de agua,
poesía para, después de amar, seguir amando en el vacío.
El crepitar del fuego es más transparente que el discurrir del agua.
El farolero enciende la luz de gas al sereno.

Es el pirata que saquea a los insectos en la noche.
Leva anclas, izando la falda de la mujer de mirada esquinada,
leve brisa impele las velas desplegadas hacia un proceloso mar de
[juventud.
Al romper, con uñas ensangrentadas, los hilos que nos manejan en el
[escenario,
caemos como una pesada madeja de algodón, si han de hacernos un traje.

El espectador de cine

¡Qué grande es el cine! ¡Qué pequeña la butaca!
Iba para estrella del sistema,
me iluminó una ráfaga de revolver en medio de la noche.
Solo subió mi alma al estrellato, mi cuerpo estrellado.

Nunca sabré el misterio que ocultan tus ojos.
Prendiste mi noche con una rosa ardiente
que florece, equivocada, en el fuego de tus ojos.
Retraso y adelanto de los sones entre albas y ocasos

El amor prohibido, equivocado y puro, crece enloquecido.
Se acabó un mundo y no todos dijimos adiós.
Los pájaros debieron dejar de comer una miga de pan,
el triunfo de abundar en la soledad recóndita del alma.

Debimos de nacer perfectos, como el cielo quiso hacernos,
como la tierra necesitaba, como tú me querías.
Es el templo que guarda los seres sagrados.
¡Qué pequeño es el teatro! ¡Qué grande el escenario!

Una idea nunca tiene nada que ver con un tiro
ni alguien que sea angelical con una religión desgarrada.
Yo ya tengo mis canallas particulares cultivando mis jardines.
Ella no anda con dos actores de la vida, porque se hace un lío.

¡Esa mujer actriz, una cosa es que no pueda tener hijos,
otra que no lo intente!
Duques y pares se hacen, doblándoles la rodilla, en tan poco tiempo,
¡cuando en una vida no se hace algunas veces un ser humano!
¡Qué grande es el cine! ¡Qué pequeña la butaca!

El tiempo vuela

El tiempo vuela, llevándose las alas la arena del reloj,
hasta que en el reloj de arena caiga el desierto.
Veo en el horizonte perderse a los murciélagos,
al fin vislumbran la belleza desde la cueva de sus ciegos ojos.

Los días caen en cascada de arena hacia las dunas de cristal,
las hojas pierden el otoño entre los desnudos del bosque.
Localía en tierra de lugares locos de lugareños con alas:
la ciudad de las entrañas esparcidas entre lirios.

Llevan zapatos y su corazón está embetunado.
Para ser feliz gracias a la tierra que nos acogerá,
la sonrisa de las flores embadurna de miel el sendero.

El tiempo vuela, llevándose el color de la palabra marchita.
El tiempo vuela en rosas recién cortadas sobre tu mejilla a ruborizarse.
Solo ellos, escondidos en el jardín, juegan a dejar caer de sus manos
mi tiempo de porcelana.

El hispano errante

He empeorado bastante desde que te perdí
en aquella noche de horas ocultas en hierba.
Es el día de los heridos y de la celebración de sus heridas.
Quita aquellos tiempos en que me fallaste
y en la eternidad fuiste mi gran amistad.
Todo va a saltar en corazonadas,
el corazón, hecho pedazos, va a saltar en lo que sabe.

Una mujer que me ayude a atravesar la noche.
Una llama, persiguiéndome; otra, abriéndome de machete el camino.
Alguien de novia con quien quemar de ceniza mi carne de madera.
Amo la luz para verte existir en lo que se rompe de belleza.

La noche cae desplomada sobre mis hombros.
Ella llora su oscuridad. Yo, en sus hombros, mi soledad.
Abrasados los ojos como lágrimas de arena,
la costa arrasa las mejillas del mar,
petrificadas en eones de tierno silencio y eterno deseo
y eterno dolor.
Arrastra el dolor del mal del mar.

Cuando me arrebataron la luz de mi candil de libertad,
me conminaron a rendirme entre las condiciones de la oscuridad.
Un corazón de sombras rebeldes surgió de mi corazón,
arrancado luminoso.
No eran las sombras de luto.
El hueco del coraje deja coraje.

El viento del dolor impele todo barco que quiere abrir los cielos,
allí donde Dios me ha tallado con su pensamiento
y no me mira con sus ojos de espejo, sino de cristal.
Ya un cuerpo errante, sin Dios ni promesas rotas,
un alma sin ley, un espíritu de luz inmanente.

Sin prohibidas orillas ni paraísos perdidos, sino creados,
todas mis almas me echan en cara, continuamente, tu realidad.
Están dictando mi sentencia, pero vuelvo contigo
como enamorado.
En esa oscuridad veo tantas cosas que me deslumbran.

No me cuesta nada ver mis pesadillas.
Ellos no las ven.
En el arte, se debe volar a ras de tierra como viento de pradera
para hacer lo que no se ha hecho.
No me cuesta nada que me creen mis pesadillas
barbitúricas, empedernidas.

Dar nombre a las cosas en la confusión de los seres,
los soldados muertos se levantan en formación.
En las trincheras,
desde hace miles de años, esperamos órdenes:
avanzar o retroceder.
Seguirlas o rebelarse contra ellas, cuando sean dadas,
no ayudan a quien no cree en ellas.
Lo hermoso no puede ser falso.
Hay que dar nombre a las cosas en la confesión de los seres.

Las cuatro dimensiones como los nudos de pañuelo en la cabeza
del albañil
curvan el plano del espacio tiempo.
Las palabras para encontrar lo humano
del viejo color desvaído desde el cual surgirá el nuevo.
La diferencia entre cielo e infierno no debe ser
contar las damas que nos amaron
o las que solamente llegamos a amar nosotros.
La felicidad debe ser solo
aquella que intentamos dársela a los demás.

Ser responsables de su propia riqueza, como se creen ellos,
y así nos empobrecen.
¿Alguna vez nos han visto trabajar en su propio beneficio?
Como un capitalista que se cree único responsable
de su propia riqueza,
ese pecado de orgullo materialista que les bendice en vida
mientras maldice a otros.

Los hombres doloridos hacen su revolución de estar juntos,
los hombres tristes, como amantes desconocidos.
En el lugar donde la cabida es otra
piensan la revolución de ser juntos.
El paisaje de donde tú no estás es más bello,
porque los hombres que regresan doloridos son más bellos.
En el desierto del amor, del pan, del poder,
la caravana del dolor cruza con sus camellos,
juntándonos en arena como el río en su otra ribera,
la de llegar,
porque la ribera del partir es la del placer.

Va desvaída, apagando su faro de mujer desnuda,
todo para que volvamos a engendrarnos una y otra vez
como hace el desierto y el río.

Cada vez más claro, el temor acerca la muerte,
desencaja las palabras como la carne,
desvaneciendo en el tiempo el sitio que ocupábamos.
Perdido el asiento,
como no pudiendo meter el universo más chico
ya en el bolsillo,
expandido ya en la canica de jugar al gua inicial.

La muerte, esa indiferente,
como si creyésemos ya que la sangre no puede circular de madre
por sendos cuerpos,
ese miedo, ese temor al silencio, a la falta de carne
de un tiempo sin ahora, en un espacio sin sitio.
Otra vez al ahora y al sitio del amor en su célula germinal,
si Dios no acaba conmigo.

La eternidad de ser engendrado en todas las madres,
engendrar a todos los hijos, hermanarse con todos los hermanos.
Dejar habitada por los viejos camaradas
cualquier morada de la que nos retire la muerte.
Llegar a Dios antes de que Él te elija,
como si debiéramos enseñarle la anticipación.
No perder el recuerdo en el cual sobreviviremos.
No abdicar de la justicia para la que se forjó el cielo,
aunque el arquitecto proceda de las huestes luciferinas de Dios.

Hombres sin destino

Somos hombres sin destino,
morimos en vano desde el corazón humano,
resistimos hasta que los labios de nuestros amores
saben a circuitos abrasados.

Sabe así el robot que debo abatirlo tras habitarlo.
Enamorado como estuve,
soy quien voy persiguiendo.
Ya que me vas a ahogar, dame agua de sediento.

Ya que me vas a abandonar en un planeta violento,
hazme bello, hazme bueno,
hazme soñar que recupero todos los besos extraviados,
las bodas con la sustancia de lo invisible.

Ya que la sangre ilumina sobre nuestras cabezas,
plántate ante mí con tu sonrisa de poemas.
Hoy llegaste a plantarte ante mí
con tu poema de sonrisas.

Dame un cielo, aunque sea arrancado de cuajo,
borra todo lo escrito hasta ahora en el cielo por generaciones.
Para que pueda escribir lo que se me ocurra en un instante de tu vértigo,
saltan las estrellas en tus ojos cuando me miras.

¡Habla! Palabras de tu boca
aletean versos de hacerme sobrevivir.
Tormenta de negro perla en rayo iluminada,
el cielo claro de tus muslos transparentes.

Aliento diáfano del corredor de fondo,
sin huellas las nubes, deshojando cumulonimbos,
Al borrar los otoñales bosques que nos pergeñaron,
¿te has dado cuenta de que la nube herida nunca cicatriza?

La poesía de la herida cubre el espacio, abriéndolo.
En el cielo puede abrirse el corazón de tierra,
puro fuego ardiendo en el latido sin tiempo.
El ocaso refleja tu rostro ardiente como un espejo.

El sacerdote guerrero inicia sus cruentos sacrificios,
solo come de otro guerrero su corazón, arrancado de cuajo.
Su mirada debe alcanzar el flujo de vida yéndose
del que fue agricultor, del maíz de corazón de paja.

Hombres sin destino de un mundo de azar,
creadores, nuevamente, de las heridas gangrenadas.
Desde los miembros amputados que vagan y vagan,
el tiempo entre una palabra y otra parece cicatriz.

Silencio que sangra en callados corazones no nos vale
cuando acabes de hablar.
Esperaré para mí una eternidad, otra palabra tuya.
Me condenarás por haber intentado desvelar lo que ocultas.

Imitatio Christi, nadie crea sino sobre lo creado.
Semina verbi del sueño
o sobre lo existente, semillas de la acción.
Me obligas a soltar la cortina de sangre agarrada en el puño.

Me obligas a soltar una lágrima, que solo es del propio corazón.
¿Soy el prisionero yaciente sobre la piedra del sacrificio
o el sacerdote de puñal de ónice sobre el altar?
Tiembla la mano, descargando el golpe artero.

Tiembla el pecho ardiente, que abierto nieva,
luego tiembla el firmamento ensangrentando todo,
hasta la lengua del moribundo en el último estertor.
Es tan dulce el crepúsculo vertiendo su sangre.

Así, el cielo se mueve porque late su tierra.
Así, las lenguas moribundas no callan.
Somos hombres sin destino de sacerdotes o guerreros,
morimos en vano desde el corazón humano.